

NÚMEROS A ROLETE

En Suecia, el lunes anterior, se encontró desvanecido un hombre de entre cuarenta y cuatro y cuarenta y seis años, en una oscura y acogedora habitación de su casa de verano, en las afueras de un pueblo del norte del país sajón. Se lo encontró sobre una silla, sin conocimiento, volcado hacia atrás; la habitación repleta de hojas escritas, por todos lados. El cuerpo se encontró debido a la llamada efectuada por la secretaria de este hombre, al notar ella que su jefe había retrasado más de una hora en llegar a su trabajo. Al llegar los bomberos zapadores, tres ambulancias, un auto de abogados subalternos, tres canales de televisión locales, una reportera de radio, una decena de vecinos asustados falsamente y un sádico avenida a portorriqueño risueño, se forzó la puerta de entrada de la casa, y el señor Brock fue encontrado rápidamente, dando rienda suelta a la alegría incontinente de sus canarios.

Cuando una ambulancia revivió a Brock por medio de técnicas irracionales (como declararon los tripulantes de las otras dos ambulancias), dicho Brock se dispuso a relatar lo que había sucedido.

Ese fin de semana había decidido escapar a su casa de verano, para descanso, con la definida idea de escribir “así, lisa y llanamente” todos los números habidos y por haber, de uno en uno. “Para mí, eso de que son infinitos es todo mentira, patrañas de matemáticos ilusos”, declaró Brock, en un sueco fino y lento, “los números alguna vez se terminan, y no es en infinito punto negro”. A partir de estas opiniones, Brock tomó un par de resmas normalizadas A4 y escribió desde el 0 (cero), de uno en uno, los números subsiguientes, separados por guiones.

En poco tiempo, Brock comenzó a perder la razón; tomó sólo café desde el jueves anterior; no durmió ni comió, sólo escribió y escribió. “Creo que llegué como a seis trillones cuatrocientos veintitrés mil once para el domingo a la tardecita”, continuó, “pero con un pavo me frené y pensé un segundo—”. Aquí cerró los ojos y se lamentó: “Entré en razón y me dije: ‘mirá si los elevo todos al cuadrado, todos los que tengo, y después al cubo, se me duplican, triplican los números que ya tenía, no termino nunca’. Ahí creo que me desvanecí; lo último que recuerdo haber visto fue que una ventana se entreabrió y entró un viento que me voló todas las hojas. Obvio que no las tenía numeradas, si total, para qué?”, concluyó.

Brock se recupera en un hospital de Estocolmo. Las enfermeras aseguran que su paciente sigue sin creer en la infinidad agresiva de los números, y que trata de convencer a todo el que pasa a su lado de que tiene razón.